



Identidad catalana en *Las cuatro barras de sangre*, de Manuel Fernández y González (1872)¹

Catalan identity in *Las cuatro barras de sangre*, by Manuel Fernández y González (1872)

JAVIER MUÑOZ DE MORALES GALIANA
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

Resumen: El presente artículo pretende estudiar de qué manera la identidad catalana es negociada con el nacionalismo español en *Las cuatro barras de sangre* (1872), de Manuel Fernández y González que en ese texto trató el mito fundacional, muy popular de la Renaixença, de Vifredo el Velloso. Para ello, analizaremos la novela teniendo en cuenta el modo en el que se refiere al personaje y a su historia, pero partiendo del contexto del autor. De esto podemos concluir que el trasfondo de la obra implicaba una buena recepción del catalanismo por parte de España, pero el contenido del texto, descontextualizado, podía llevar a la radicalización de los presupuestos de la Renaixença.

Palabras clave: nacionalismo, catalanismo, españolismo, Renaixença, novela por entregas

Abstract: This article aims to study the way in which Catalan identity is negotiated with Spanish nationalism in *Las cuatro barras de sangre* (1872), by Manuel Fernández y González, who in that text dealt with the very popular founding myth in Renaixença of Vifredo el Velloso. To do this, we will analyze the novel taking into account the way in which it refers to the character and his story, but starting from the context of the author. From this we can conclude that the background of the work implied a good reception of Catalanism by Spain, but the content of the text, decontextualized, could lead to the radicalization of the assumptions of the Renaissance.

Key words: Nationalism, Catalanism, Spanishism, Renaixença, serialized novel

¹ Este artículo es uno de los resultados del proyecto de investigación “Leer y escribir la nación: mitos e imaginarios literarios de España (1831-1879)” —LEyENMIESXIX—, financiado por AEI/FEDER, UE, con referencia FFI2017-82177-P.



La identidad, por definición, es algo en esencia individual, que nos permite poder hablar de un sinfín de personas con circunstancias particulares e irrepetibles en cada caso. A lo largo de la historia, sin embargo, podemos asistir a la repetición recurrente de una tendencia ideológica que, por diversos motivos, pone en alza la aspiración a una identidad colectiva en determinadas comunidades, concepción denunciada por el filósofo Amin Maalouf, en tanto que “reduce la identidad a la pertenencia a una sola cosa, instala a los hombres en una actitud parcial, sectaria, intolerante, dominadora, a veces suicida” (2020: 40).

Las aspiraciones nacionalistas, en tanto que pretenden monopolizar la identidad de las personas, son una evidente muestra de este reduccionismo. Las naciones no son comunidades que deban su existencia al trato real entre individuos, sino a la imaginación de estos, “porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión” (Anderson, 1993: 23). La fe necesaria para mantener una creencia así nos permite considerar al nacionalismo un tipo de religión, que en este caso se utiliza fundamentalmente como “arma política” (Pérez Vejo, 1999: 19), a fin de lograr “la legitimación del Estado existente o la demanda de un Estado inexistente en ese momento” (Pérez Vejo, 1999: 18).

El papel que al respecto desempeña la literatura resulta de capital importancia, ya que la identidad nacional es, en esencia, una “creación ideológica de tipo literario” (Pérez Vejo, 1999: 19), lo que implica la existencia de una serie de textos de carácter ficticio que hayan estimulado, en mayor o menor medida, la imaginación de quienes han pensado y piensan cada una de las naciones concebibles, identificándose a sí mismos con algún nacionalismo concreto. Esta clase de discursos deben, a su vez, estar articulados en torno a una narración, como bien explica Anderson:

La conciencia de estar formando parte de un tiempo secular, serial con todo lo que esto implica de continuidad, y sin embargo de “olvidar” la experiencia de esta continuidad — producto de las rupturas de finales del siglo XVIII— da lugar a la necesidad de una narración de “identidad”. [...] Y, sin embargo, entre las narraciones de una persona y de una nación hay una básica diferencia de empleo. En la historia secular de la “persona” hay un principio y un fin. Brota de los genes parentales y las circunstancias sociales, apareciendo en un breve escenario histórico para desempeñar ahí un papel, hasta su



muerte. Después, nada queda sino la penumbra de la fama o la influencia perdurables. [...] En cambio, las naciones no tienen nacimientos claramente identificables y sus muertes, si ocurren, nunca son naturales. Y como no hay un Autor, la biografía de la nación no se puede escribir evangélicamente “a lo largo del tiempo”, pasando por una larga cadena procreadora de engendramientos. La única alternativa es “remitirla al tiempo”: hacia el hombre de Pekín, el hombre de Java, el rey Arturo, por doquiera que la lámpara de la arqueología lanza su caprichoso rayo. Sin embargo, esta manera queda marcada por muertes que, en una curiosa inversión de la genealogía convencional, parten de un origen actual. La segunda Guerra Mundial engendra la primera Guerra Mundial: de Sedán sale Austerlitz; el antepasado del Levantamiento de Varsovia es el Estado de Israel. (1993: 285-286)

La necesidad de comenzar la narrativa nacionalista mediante la remisión a tiempos pretéritos demanda, a su vez, “antepasados míticos de los cuales se desciende y frente a los que se es responsable”, los llamados, en ocasiones, “padres de la patria” (Pérez Vejo, 1999: 80). Si concretamos en el caso del nacionalismo catalán, resultaría difícil concebir la omisión, total o parcial, de una figura fundacional como Vifredo el Velloso, protagonista de la leyenda de las cuatro barras de sangre, que presuntamente daría origen a la bandera de Cataluña. Esta narración podía encontrarse ya en el siglo XVI, pero no es sino en el XIX cuando pasa a ocupar un lugar destacado en el discurso catalanista al que dio lugar la Renaixença, cuyo artífice, Víctor Balaguer, dio por ciertos tales sucesos en su *Historia de Cataluña*, al tiempo que se publicaban poemas en catalán sobre este mito, de entre los que destaca “Les barres de sang”, publicado en 1880 por Jacinto Verdaguer (Canal, 2018: 297-301). En el panorama teatral también aparecieron dramas, como *Vifredo el Velloso*, escrito por el propio Balaguer en colaboración con Juan de Alba (1848b), o su continuación, *Las cuatro barras de sangre*, por los mismos autores (1848a).

No obstante, el género literario que por excelencia ha ejercido de caja de resonancia al nacionalismo es el de la novela, ya que, en tanto que plantea diversos hilos argumentales que transcurren simultáneamente, estimula a su vez la imaginación del público y facilita que el nacionalista pueda imaginar cómo las vidas de sus compatriotas transcurren paralelamente a la suya (Anderson, 1993: 46-56). En el contexto concreto de la España decimonónica, el novelista más prolífico y vendido fue, sin duda, el folletinista Manuel Fernández y González, autor de en torno a unos doscientos títulos conocidos, muchos de los cuales tuvieron múltiples reediciones (Ferrerías, 1979: 150-154); él fue el responsable, según Ermitas Penas, de la decadencia del género de la novela histórica en el



folletín (1996: 375). Así pues, en la mayor parte de sus textos trató temas del pasado de España, y en uno de ellos aborda el mito fundacional catalán: *Las cuatro barras de sangre*, publicado en 1872 por el editor Urbano Manini.

Que el estudio de esta novela pueda suponer una contribución a la historia del catalanismo es algo que viene justificado si nos remitimos a la relevancia del género novelesco en los desarrollos nacionalistas, así como lo destacable de la repercusión de Fernández y González con respecto a otros novelistas decimonónicos, porque la novela de folletín, aunque la crítica no la considerara a la altura de la novela histórica que la precedió, no fue así “en cuanto a recepción por parte del lector de la época” (Rubio Cremades, 1982: 270).

Conviene aclarar que este escritor, a diferencia de Balaguer, no estuvo ligado realmente a la Renaixença, sino que se trató de un autor andaluz, vinculado al grupo de la Cuerda granadina, que más adelante se trasladó a Madrid, desde donde logró ser conocido en toda España². Así pues, resulta difícil interpretar su incursión en el tema de Vifredo el Velloso como consecuencia de posibles simpatías catalanistas, sino de un españolismo que venía labrando desde el comienzo de su carrera literaria.

Esta se había iniciado, antes de su llegada a Madrid, con novelas en su mayoría de tema morisco, ambientadas en la Alhambra o Granada en general (Préstamo Landín, 2018: 53), si bien conviene destacar que cuando aún permanecía en esa ciudad también publicó, en una imprenta local, una novela titulada *Obispo, casado y rey. Crónicas de Aragón. Don Ramiro el Monje* (Fernández y González, 1850). Debemos tener en cuenta que las novelas también contribuyen a la concepción nacionalista mediante la limitación de un horizonte espacial que comprenda diferentes espacios del país en cuestión (Anderson, 1993: 53-54), lo que nos permite advertir que las novelas de Fernández y González pudieron ayudar a imaginar España más nítidamente, ya que, si observamos el ya citado catálogo de Ferreras, podremos advertir, aparte de los ya mencionados sobre Granada y Aragón, diferentes títulos cuya acción se desarrolla en múltiples zonas del territorio peninsular, como *El corregidor de*

² Para una biografía de Fernández y González, puede consultarse el trabajo de Hernández Girbal (1931), o el correspondiente apartado de la tesis de Avilés Diz (2009: v. 1, 86-110).



Almagro, El alcázar de Madrid, El pastelero de Madrigal o Los amantes de Teruel.

Para el lector de Fernández y González que hubiese viajado poco por su país, tales lecturas contribuían a crear una determinada conciencia de la nación a la que, según los imperativos ideológicos del XIX, pertenecía. Aunque no conociera de primera mano los lugares en los que esas obras se desarrollan, las evocaciones literarias y novelescas facilitaban poder formarse una imagen de cómo era —y había sido— España más allá de los límites temporales y geográficos de cada individuo. Una novela sobre Cataluña, en este contexto, permitía al resto del país tener en cuenta dicho territorio como parte de su propia realidad nacional. Debemos advertir, tal como queda reflejado en la bibliografía, que esta obra se publicó en Madrid, por lo que el público que pudo acceder a ella no tuvo por qué ser necesariamente catalán.

Además de esto, tampoco podemos pasar por alto que Fernández y González, en tanto que folletinista, escribía “sobre un tema *dado*, a un ritmo *exigido*, una cantidad *fija* de novela” (Ferrerías, 1972: 22). El editor Manini, consciente de la fama que podían tener los temas catalanes a causa de la Renaixença, podría haberle encargado una novela sobre ese asunto, cuya composición no tendría por qué ser considerada más personal que la mayoría de las de su corpus. En un anuncio localizado en la prensa de la época podemos apreciar que se utilizó su vinculación con lo catalán como reclamo para obtener lectores: “Con el título de las Cuatro barras de sangre ha dado a luz la casa editorial de Manini una interesante novela, debida a la pluma de Fernández y González. Su animado relato da una idea del origen de las armas del principado de Cataluña” (Anónimo, 1872: 4)³.

Tengamos en cuenta, a su vez, que el catalanismo en el siglo XIX no implicaba realmente rechazo a España como tal, ni suponía una negación de la previa identidad nacional española, sino más bien un modo de expresar rechazo hacia la idea de Castilla como parte monopolizadora del país (Anguera, 2001: 318). De este modo, el españolismo que podía profesar Fernández y González

³ El anuncio citado carece de título, por lo que en la bibliografía únicamente reflejamos el nombre del periódico, *El combate*.



no entraba necesariamente en conflicto con el nacionalismo catalán u otros periféricos, si bien su implicación tuvo que ser mucho menor que la que tuvieron Balaguer y otros partícipes activos de la Renaixença. El haber nacido en Andalucía, y más tarde residido en Madrid, debía impedirle percibir los asuntos catalanes como algo demasiado personal; por ello, el tratamiento de este tema resulta más bien marginal en el conjunto de su obra, dedicada sobre todo a cuestiones andaluzas o españolas en general.

Sin embargo, el hecho de que dedicara una novela a Vifredo el Velloso un autor como él, famoso en toda España y ajeno a Cataluña, podía suponer, a su vez, la legitimación nacional de un asunto que en un principio solo tenía interés regional, lo que *a priori* contribuiría a consolidar y dar voz a los principios ideológicos del catalanismo, aunque quizá no del modo que más deseable hubiera sido a Balaguer y los demás. Por un lado, lo impersonal que suponía el que *Las cuatro barras de sangre* fuera una novela de folletín, y, como tal, parte del amalgama de “productos subliterarios, paraliterarios o infraliterarios” de entonces (Rubio Cremades, 1982: 269), conllevaba cierto grado de trivialización, en tanto que reducía una causa política y un sentimiento nacionalista a un producto esencialmente comercial y susceptible de ser mercantilizado; por otro lado, la impresión sobre los asuntos catalanes que emergía de la Renaixença se trataba de una autoimagen, y, como tal, reflejaba la percepción que tenían ellos de sí mismos, a la cual debía oponérsele la heteroimagen que se desprende del texto de Fernández y González, es decir, el punto de vista de una persona externa a Cataluña⁴.

La consecuencia más evidente que podemos percibir de esto es que la identidad catalana —construida, en buena medida, con base en mitos fundacionales— ya no era algo dictaminado únicamente por los habitantes de ese territorio, sino que estaba en proceso de ser negociada con el resto del país en el que oficialmente se ubicaba Cataluña. Resulta, por ello, verdaderamente significativo que uno de los principales productores de cultura en la España de entonces hubiera querido pronunciarse al respecto, lo que también justifica el

⁴ Para una definición de los términos “autoimagen” y “heteroimagen”, véase Leersen (2007: 27).



interés de *Las cuatro barras de sangre* en particular.

Aunque el argumento de la obra no fuese original, ya que se limita a narrar la leyenda de Vifredo, la novela tuvo que permitir que muchas personas externas al territorio catalán, que no hablaran ese idioma, conocieran por primera vez una historia harto familiar para la Renaixença: la del sometimiento de Barcelona al rey Carlos el Calvo, monarca cuya identidad a veces cambiaba en otras versiones de la historia, pero también la de cómo presuntamente llegó a ser esa ciudad autónoma con respecto de la corona franca gracias a la acción del heroico Vifredo.

El punto de vista, como era habitual en los textos de Balaguer y similares, está siempre del lado de los catalanes, cuya independencia se ve como algo por completo lícito y de pleno derecho. Para lograr este fin, Fernández y González procura, de diferentes maneras, arrebatar toda legitimidad posible al gobierno de Carlos el Calvo. De este modo, el conflicto que se plantea nos presenta al padre del heroico Vifredo, Hunfrido, siendo por entonces conde de Barcelona, y preocupado ya no tanto por el monarca francés, sino por lo mucho que prosperan en su corte algunas personas maliciosas a las que ve como una amenaza:

—Os lo juro —contestó Altamira— pero ¿qué peligros pueden amenazarnos jamás...? Vos sois bueno y poderoso.

—¡Pero vasallo! —contestó tristemente el conde Hunfrido— Y no son los buenos y los leales los que se encuentran más seguros al lado de los reyes. Un día un cortesano ambicioso puede desear el dominio sobre mis estados de la Septimania y de la Marca Hispánica, y la astuta serpiente se insinúa en el alma de los reyes, despierta sus recelos, y el bueno y el leal que duerme descuidado se encuentra envuelto en traición.

—Pero vos os defenderíais —exclamó Almira, que era enérgica y brava.

—Yo no puedo defenderme sin incurrir en el delito de traición —contestó Hunfrido—; yo he rendido pleito homenaje al rey franco, y si bien he heredado de mi padre y de mis abuelos el fuerte marquesado de Ría, también es cierto que yo no gobierno la Septimania y la Marca Hispánica sino por el buen placer el [*sic*] rey Carlos.

—Le habéis servido como un héroe.

—Y el buen rey Carlos mi señor me ha premiado generosamente. Yo espero que un día haga hereditarios en mi familia la Septimania y la Marca; yo cuento con su amor; pero el rey Carlos está rodeado de reptiles infames, de ambiciosos que en nada reparan, que a todo se atreven. (Fernández y González, 1872: 20-21)⁵

Observamos que en un primer momento no se le atribuye tanto maldad al rey por acción, como por inacción; Carlos el Calvo no es, en sí, un soberano pernicioso, sino que los realmente dañinos son los “reptiles infames” que

⁵ Todas las citas de *Las cuatro barras de sangre* provienen de esa misma edición.



proliferan en su corte. No obstante, podemos apreciar que Hunfrido en todo momento exculpa al monarca, y desdeña toda posibilidad de rebelión contra él. Sin embargo, más adelante se lanzan aún más suspicacias contra el monarca franco, a quien se responsabiliza por la muerte de un conde de Barcelona anterior, cuya esposa advierte a Hunfrido de la siguiente manera:

—Nosotros no saldremos de la montaña de Monjuich —dijo la dama blanca—; pronto habremos llegado a una puerta oculta, que solo conocen los condes de Barcelona, o más bien que solo han conocido Bara, el primer conde de Barcelona después de la conquista, y Bernardo mi esposo, su segundo conde, asesinado por Carlos el Calvo: tú serás asesinado también: la corona condal de Barcelona lleva consigo la muerte. Pero yo ansío venganza: yo te busco, yo te favorezco, yo te descubro el lugar por donde un día puedes librarte, si el peligro te amenaza entre los muros del castillo condal.

—El conde Bernardo fue un traidor —contestó Hunfrido.

—El conde Bernardo mi esposo fue víctima de una calumnia; el conde Bernardo mi esposo cayó bajo el recelo del tirano. (44-45)

Que Carlos el Calvo se limite a consentir y prestar sus oídos a los calumniadores no impide que, desde este punto de vista, pueda ser considerado directamente como un “tirano”, en tanto que ha dado muerte a personas inocentes. Más adelante, cuando se nos dan detalles de la muerte del anterior conde de Barcelona, asistimos a un retrato del monarca francés que nos lo presenta como un sujeto ingenuo y fácilmente manipulable, que se presta a la paranoia si le sugieren traiciones, y que es capaz de atajarlas del modo más violento y desquiciado sin el más mínimo escrúpulo ni reparo moral:

—Hermanas mías —dijo la dama blanca— he aquí el joven caballero, el héroe a quien el tirano Carlos el Calvo encomienda el gobierno de Barcelona, como le encomendó a mi desventurado esposo Bernardo: vosotras lo sabéis: engañado por la calumnia el rey franco, creyendo fácilmente que mi esposo conspiraba con los varones godos contra la dominación de los emperadores Carovingios, receló de él, convocó una asamblea en Tolosa y llamó a ella a mi marido. No se atrevía el rey Carlos a mandarle prender, y le engañaba; le hacía llegar a su presencia libre y con un traidor pretexto, cuando le creía reo de lesa majestad: Carlos había tendido un lazo infame a mi marido el conde Bernardo, y cuando este, como vasallo leal, se arrodilló a sus pies, al mismo tiempo que con la mano izquierda le levantaba, con la derecha le hería tendiéndole muerto a sus pies. Después de esto, lanzándole como una fiera de su mano, hollaba el cadáver, y exclamaba: —Maldito seas, manchador del lecho de mi padre y tu señor. — El emperador, ciego, publicaba la deshonra de su madre, deshonra inventada por la calumnia de los enemigos de mi esposo. ¿Y sabéis quién era el enemigo más terrible del conde Bernardo? El infame marqués de la Marca, el miserable Salomón de Cerdaña. (47-48)

Salomón de Cerdaña, tal como se revela al final de lo citado, es, en realidad, el principal antagonista de la novela, y el responsable directo del



comportamiento reprobable del rey. Ello no disminuye, sin embargo, la gravedad de la conducta de Carlos el Calvo, que en este párrafo se nos presenta con una actitud intolerable para un monarca. Al engañar al conde, actúa de un modo deshonesto, y, no contento con asesinarlo sin contar con apenas pruebas, se presta también a pisotear el cadáver y seguir insultándolo aun después de muerto, claras muestras de enajenamiento mental. Por ello, al no ver justa la sumisión a un hombre así, la viuda del anterior conde propone la independencia de Barcelona como posible solución:

—Es necesario —añadió Almira— extremar el esfuerzo, ponernos en defensa, arrostrar por todo.

—¡Pero nunca contra el emperador! —exclamó Hunfrido.

—Acuérdate del conde Bernardo, mi esposo —dijo la Sombra de Monjuich—; llama bajo tu estandarte a tus Almogáraves, haz la guerra y conquista tu corona de conde independiente.

—Jamás la deslealtad —dijo el conde Hunfrido—; yo no tengo estandarte; mi estandarte es el del emperador Carlos.

—¡El asesino! —exclamó la dama blanca.

—El emperador fue engañado por el conde Salomón —dijo Hunfrido—; vuestro esposo no fue avisado, y pudo ser sorprendido; pero yo conozco la traición: yo no me rebelaré contra el emperador, mi señor, pero desharé la calumnia: retaré a singular combate a ese miserable Salomón de Cerdaña, y le mantendré. (55)

Pese a todo, Hunfrido decide mantenerse leal, ya que no considera que el rey sea totalmente culpable; aun así, las quejas de la viuda constatan que esa servidumbre es cuestionable en tanto que implica vasallaje hacia un asesino, apelativo que en todo momento se mantiene para referirse a Carlos el Calvo. Que el conde respete la corona y rechace toda rebelión, en cambio, no contribuye sino a dignificarlo, porque en todo momento prefiere contemplar la inocencia del señor al que ha jurado lealtad, y minimizar su culpa al tiempo que lo achaca todo a Salomón de Cerdaña. Este último acaba dando muerte a Hunfrido, cuya fidelidad al rey no le impide pasar a ser injustamente recordado como un vil traidor que merecía morir:

Todo parecía volverse contra el conde Salomón de Cerdaña, que Carlos el Calvo había considerado como autor del asesinato; pero el conde Salomón había sido bastante sagaz, no había dejado prueba alguna y había sabido hacer creer a Carlos el Calvo que la muerte del conde Hunfrido había sido hecha por los bandidos que infestaban la selva del Puig de Santa María.

A más de esto, insinuante y pérfido, había reverdecido las iras de Carlos el Calvo contra la familia de Hunfrido; había presentado a Hunfrido como ambicioso, como un hombre que, sin temor ni respeto a su señor natural, se había apoderado sin su licencia y por fuerza de armas del condado de Tolosa, y a seguida, receloso del enojo del rey, había puesto en armas la Galia Narbonense y la España Citerior. [...] Todo esto era más que



sobrado para irritar a aquel *terrible soberano*, que, creyendo pasadas calumnias, había matado con su propia mano y había hollado con sus pies al conde Bernardo, creyéndole el profanador del lecho de su madre, y cosa extraña, creyéndole también, según relatan viejas crónicas, su padre adulterino. (82-83, la cursiva es nuestra)

Que Hunfrido hubiera permanecido en todo momento leal en vida a su rey contribuye a dignificarlo, al tiempo que rebaja la valía de Carlos el Calvo, quien pasa a obrar injustamente por despreciar al que le ha sido fiel. Por si no quedara claro que la intención del autor es predisponer al lector en contra del monarca francés, el propio narrador no se priva de emitir juicios de valor, muy habituales en esta clase de narrativa (Penas, 1996: 379), al calificarlo de “terrible soberano”, tal como hemos señalado en cursiva, tras lo que inserta, como podemos ver, el rumor de que le dio muerte al anterior conde por creerlo su padre biológico, lo que lo convertiría, además, en un parricida voluntario. En este punto, el autor lo ha dispuesto todo para que Carlos el Calvo parezca un tirano despreciable, lo que nos llevaría a empatizar con las motivaciones del verdadero protagonista de la novela, el héroe fundacional Vifredo el Velloso, que solo siente hacia el monarca desprecio y ansias de venganza:

Para él, Carlos el Calvo era un *tirano indigno* de la suprema dignidad de que estaba investido.

Recordaba entonces aquella terrible leyenda de la muerte de su esposo que le había contado la condesa Brinidilda, y recordaba aquellas palabras del rey franco que le había repetido la viuda del conde Bernardo: ¡Mal hayas mil veces, manchador del lecho de mi padre y tu señor!

Tal vez era cierto el siniestro rumor que señalaba como hijo del adulterio a Carlos el Calvo, y le entregaba a la tradición como matador de su padre en nombre del honor de un rey, del cual no tenía más que el apellido y la herencia.

Vifredo empezó a sospechar si alguna injuria de aquel rey, *tal vez bastardo*, había dado ocasión a que su padre se pusiese en armas, dando motivo a la acusación del conde Salomón de Cerdaña; ¿pero qué importaba esto? Aunque su padre hubiera dado señales de rebeldía, aunque ciertamente su padre se hubiese rebelado, debía haber tenido motivo para ello; *tal vez había resistido la tiranía como la resisten los héroes*, y siempre quedaba la infame emboscada del Puig de Santa María y el *cobarde* asesinato ejercitado contra su padre.

Bajo esta suposición, Vifredo no tenía ya ante su venganza un solo hombre: tenía dos. Aquel nuevo ser en que se fijaba terrible la imaginación de Vifredo era el emperador Carlos.

—¡Me vengaré! —exclamaba Vifredo, olvidando la impotencia a que se encontraba reducido, y que tal vez estaba perdido irremisiblemente; y esta seguridad de la venganza que le inspiraba su bravo corazón le tranquilizaba. (143-144, la cursiva es nuestra)

De nuevo vuelven a acumularse las connotaciones negativas en las que se envuelve la figura de Carlos el Calvo, al que el narrador vuelve a referirse, al exponer los sentimientos de Vifredo, como tirano y a un mismo tiempo cobarde,



sin omitir tampoco su posible condición de bastardo. En este caso, además, se juega con la información de la que dispone el héroe, quien ni siquiera es del todo consciente de lo que ocurrió con su padre, y llega incluso a contemplar la posibilidad de que hubiera sido en verdad un rebelde, pese a lo cual lo sigue justificando en tanto que lo contempla como una respuesta al injusto despotismo.

En este tramo de la novela, el dualismo moral que se ha articulado, heredado también de la novela histórica romántica (Rubio Cremades, 1982: 277), es prácticamente absoluto, sin apenas matices entre la virtud heroica y honorable atribuida a los condes de Barcelona y la infamia con la que Carlos el Calvo es retratado. Este monarca es, a su vez, enemigo ya no solo del protagonista, sino también del narrador, quien aún sigue emitiendo juicios de valor para recordar, aunque esté muy esclarecido, que el rey es una persona despreciable; en cierta ocasión hace referencia a que “el terrible rey franco volvía a sus vacilaciones, a sus dudas, a su aturdimiento, a su furor impotente” (148), insistiendo en la imagen de un soberano francés impulsivo, falto de juicio e incapaz de mantener el autocontrol; en definitiva, un sujeto contra el que toda la rebelión e intentos de independencia podrían justificarse moralmente.

La visión simplista de la realidad en general y de la historia en particular que aquí se nos ofrece no puede ser mayor, ya que una situación política de más o menos complejidad queda resumida mediante la fijación inamovible de culpables e inocentes, víctimas y victimarios, o, incluso, “buenos” y “malos”. Sin embargo, llama la atención que, en esta novela, a diferencia de lo que suele ser habitual en Fernández y González, sea precisamente el rey quien está tan negativamente caracterizado. Aparici y Gimeno ya señalaron que, de entre todos los folletinistas de la época, solo nuestro autor defendía a la monarquía (1996: v. 1, LVIII); a su vez, Cantos Casenave explica cómo no se privó de llevar a cabo apologías al trono pese a las antipatías que podía generar entre los liberales (2018: 34).

Lo que plantea en *Las cuatro barras de sangre* podría implicar, por ello, un importante viraje ideológico, de no ser por dos detalles que modifican las connotaciones de la obra y la convierten en un texto más afín a la ideología previa del autor. El primero de los matices que se deben advertir es que Carlos



el Calvo, principal antagonista de la novela junto a Salomón de Cerdaña, pese a ser rey, no es en modo alguno “español”. Esto justificaría que se le condene tan crudamente bajo la mentalidad de Fernández y González, quien en una novela anterior, y en uno de los mencionados juicios de valor tan propios del género, había explicitado que de ninguna manera simpatizaba con las monarquías en general, sino tan solo con las consideradas “españolas”:

¿Hubiera muerto Napoleón el Grande en Santa Elena, si en vez de acometer a España la hubiera considerado como amiga o por lo menos como una neutralidad fuerte?
 Napoleón el Grande cayó [*sic*] en España la sepultura de Santa Elena.
 En los campos de nuestra patria fueron vencidos por la primera vez los que se creían invencibles. [...] España no ha tenido nunca más que la forma de gobierno que ha querido tener.
 Un rey como Luis XIV no lo ha tenido nunca ni lo puede tener España. (Fernández y González, 1867: 627-628, la cursiva es nuestra)

De acuerdo con lo ya mencionado sobre el nacionalismo como forma de legitimar un poder político, esta perspectiva facilitaría el considerar lícitos tan solo a unos reyes, pero no a otros, y no es en modo alguno casual que sean franceses los dos a los que juzga intolerables para España: Luis XIV y Bonaparte. El primero de estos aparece en su discurso para ejemplificar lo que, según Fernández y González, es imposible que tenga lugar en su nación; esto es, el despotismo de las monarquías absolutas propias del Antiguo Régimen. Para nuestro novelista, en cambio, todo rey que ha gobernado sobre España lo ha hecho con el permiso y consentimiento de la “nación”, como sugiere en lo que hemos citado, o como hará también explícito en una novela posterior:

De lo que se desprende que nosotros, por el mero hecho de ser españoles, [...] somos un pedazo díscolo de la gran soberanía nacional, como todos los otros grandes pedazos ni otros semejantes.
 Y como este vicio o esta virtud que en nosotros existe está en nuestra sangre y aún en el jugo del terreno que con sus frutos nos alimenta, de aquí que le llevamos las narices al rey más pintiparado que Dios haya podido criar.
 Y que lo digan, si no, a Felipe II y Carlos V, a quienes el múltiple rey España los tenía siempre rugiendo y dados al diablo.
 De aquí que nosotros para sufrir a un rey necesitamos que ese rey sea un héroe o una cosa inaudita, o que tenga picardías bastantes para engañarnos, seducirnos, enmendarnos y sabernos tomar la cosa.
 De lo que resulta que en España no se puede ser rey sin ser santo. (Fernández y González, 1875: v. 2, 281)

Hablar de un presunto carácter español, que solo tolera a los reyes que son dignos de serlo, le permitirá, en la misma novela, repudiar toda idea



republicana bajo el pretexto de que pretender “traer a España la república, es querer traer lo que ya está en casa” (Fernández y González, 1875: v. 1, 271). Bajo esta perspectiva, son intolerables en España las monarquías totalitarias como la de Luis XIV, y en los reinados de Felipe II o Carlos V no se concibe que el verdadero poder resida tanto en el monarca como en el “rey España”, tal como podemos ver en los párrafos seleccionados.

Las alusiones a Bonaparte y a la Guerra de Independencia no aparecen acompañadas casualmente de la mención al Rey Sol; por el contrario, de ellas se puede dilucidar que el absolutismo y la tiranía sí son viables en países como Francia, nación que de ningún modo podría “contagiar” ese despotismo al país vecino. Recordemos que, a partir de 1808, con la resistencia española a Napoleón, se había forjado un mito que carácter español como fuerte, altivo e indómito, incapaz de someterse a nada ni nadie (Andreu Miralles, 2016: 61-70). Fernández y González tan solo estaría reiterando estas ideas, tan populares en el imaginario colectivo, para explicar por qué algunas monarquías sí son más lícitas que otras; mientras que los reyes españoles son dignos en tanto que capaces de ganarse la confianza de un pueblo insumiso, el rechazo a los monarcas extranjeros será visto como algo no solo lícito, sino totalmente natural.

Tal es la percepción del autor sobre Bonaparte, pero resulta totalmente extrapolable a lo que ocurre en esta novela con Carlos el Calvo, también francés. De hecho, en el texto vemos también constantes alusiones al carácter indómito del pueblo, que no es capaz de respetar al dominador extranjero; hace mención a que “el carácter catalán era belicoso, bravío e independiente” (84), y al “carácter irascible de los catalanes, que no pueden sufrir mucho tiempo un yugo ominoso” (176). Esta caracterización del pueblo catalán no implica de modo alguno oposición a España, sino identificación con la bravura atribuida a dicho país; de hecho, se refiere a los antepasados de la nobleza catalana como los “primeros restauradores de España por la parte de Cataluña” (33). Cataluña, por tanto, es España, y sobre catalanes habrán de tener, en consecuencia, los mismos estereotipos vertidos sobre el resto de la nación imaginada.

Como ya mencionó Caro Baroja, “independientemente de que exista un carácter del pueblo español, o unos rasgos psicológicos y físicos del mismos,



hay una voluntad de asignárselos, buenos o malos, según diversas coyunturas” (2004: 79), y lo mismo podría decirse del carácter catalán, sobre todo en un contexto que, como el de esta novela, no implica oposición directa a lo español; en cualquier caso, y al margen de la nación que en cada caso se imagine, “el del carácter nacional es un mito amenazador y peligroso”, que tradicionalmente ha llevado a guerras civiles “utilizando conceptos que no eran demasiado sólidos, manejados a la ligera en horas de pura lucha dialéctica” (2004: 82). Tal ocurre en esta novela al narrarse la sublevación popular que más adelante acontece:

No se oía por todas partes más que aquellas rugientes palabras:

—¡Contra los usajes [*sic*]! ¡Barcelona y libertad!

Todos aquellos vendedores, jóvenes, viejos, hombres, niños, mujeres, poco antes tan apáticos, tan silenciosos, representando un pueblo degradado y esclavo, que se hacía cómplice de una tiranía de sangre, consintiéndola, se habían lanzado armados de sus puestos, cuál de una ballesta, cuál de una espada, cuál de un hacha, cuál de una pica, cuál de un palo y cuáles de piedras.

Todas aquellas armas habían estado escondidas en los puestos, bajo fardos, bajo legumbres, bajo esteras.

Y no eran solo los vendedores y los vecinos de la plaza los que se levantaban airados y terribles al toque de somaten, al grito de Barcelona y libertad; era Barcelona entera, hasta las piedras. (242)

El carácter bravo atribuido a los españoles —y, por ende, a los catalanes— abarca la totalidad de los habitantes de la nación imaginada, incluyendo desde los niños “hasta las piedras”, como si el solo hecho de haber nacido en ese lugar implicara poseer esa actitud, que necesariamente tendría que detonar en una sublevación como tal. Sin embargo, la ideología en extremo monárquica del autor termina imponiéndose a todo populismo; y, si bien aprueba en todo momento el levantamiento contra el francés, resuelve todo lo tocante a la independencia de una manera pacífica. Así pues, Vifredo, principal ejemplo de virtud en esta obra, rechaza él mismo volverse contra Carlos el Calvo, a quien odiaba por completo, una vez logra acabar con el verdadero asesino de su padre, Salomón de Cerdaña:

Vifredo, después de la consumación de su venganza, había oído modestamente la aclamación de su triunfo.

Se había deslizado, había ganado la taberna de la Cruz de Fuego, y se había escondido en ella.

Rotolando y la Noya blonda se apoderaron de él y le [*sic*] sacaron al mirador

El pueblo se agolpó hacia aquella parte.

Aclamo, aplaudió y vitoreó de una manera frenética a Vifredo, y cuando dejaba de aclamar a Vifredo, rendía una ruidosa ovación a la Noya blonda.

En vano quiso Vifredo resistirse.



Una diputación del pueblo, con los consellers [sic] a la cabeza, penetró en la Cruz de Fuego y le hizo presente la voluntad del pueblo de Barcelona de que él sucediese en el gobierno al conde Salomón.

—Vosotros no podéis conferirme esa dignidad por vosotros mismos —contestó Vifredo—, sin usurpación del poderío real, absoluto, del emperador Carlos el Calvo. (257)

Al igual que su padre, y aunque Carlos el Calvo sea un monarca injusto al que él mismo odiaba, Vifredo se siente incapaz de procurar por sí mismo la independencia del soberano francés, porque ninguno de sus sentimientos se antepone al de lealtad que caracteriza y dignifica a su familia. Tal como vimos ocurría con Hunfrido, que quería permanecer fiel a alguien que no lo merece solo pone en alza cómo su honor queda antepuesto a todo lo demás, lo cual es en extremo oportuno para que un autor tan monárquico como Fernández y González redirija el rumbo de la novela de tal modo que no parezca considerar la rebeldía contra el rey como una solución viable.

Si bien hemos visto que en obras anteriores aplaudía la sublevación que supuso la Guerra de la Independencia, la oposición directa a un monarca podía interpretarse, en el contexto en el que se publicó la novela, como una mirada de aprobación hacia las tentativas republicanas que él mismo condenaba. Por ello, opta por resolver el conflicto planteado del modo opuesto, esto es, haciendo que el rey les conceda la independencia a los dominios del conde como premio por la lealtad que en todo momento mantiene, a pesar incluso de que su propio pueblo pretendiera la independencia:

Él había estado inmenso; él, sobre todo, siempre leal a Carlos el Calvo, se había negado a admitir la proclamación que en él había hecho el pueblo barcelonés de conde de Barcelona.

—Vuestro conde es —dijo Carlos el Calvo—; yo os lo juro sobre mi corona.

[...] Parecía como que al morir el conde Salomón de Cerdaña, el rey Carlos el Calvo se sentía libre del mal espíritu que le había dominado tantos años.

—Alzad, mi buen conde de Barcelona, del Rosellón y de la Cerdaña —dijo Carlos el Calvo, alzando entre sus brazos a Vifredo, y besándole en señal de paz y de amor en la mejilla.

Esto tenía lugar en un acto solemne, en presencia de la diputación de Barcelona y de la corte del rey Carlos.

—Aún no, señor —dijo Vifredo—; hasta ahora yo no os he servido, y barones tenéis en vuestra hueste, viejos servidores vuestros, que mejor que yo merecen el condado de Barcelona.

—Rebelde seréis si no admitís —dijo Carlos el Calvo, que no sufría bien ni aun las réplicas generosas—; sed conde por nos y a nuestro vasallaje, de Barcelona, del Rosellón y de la Cerdaña: yo os lo mando. [...] Pues bien: si morís, conde Vifredo, morid conde independiente y soberano de la Septimania y de la Marca Hispánica: yo os levanto el pleito homenaje y vasallaje que me habéis rendido.



—¡Ah, señor, —exclamó Vifredo— yo acepto este honor por la memoria de mi padre! Pero ¿qué armas han de recordar a la ciudad de Barcelona, mi muy amada, el señorío de su primer conde independiente?
—Puesto —dijo Carlos el Calvo— que vos la noche del siniestro asesinato del Puig de Santa María marcasteis con la sangre de vuestro padre cuatro barras en su escudo, yo las marco sobre ese mismo escudo con vuestra noble y generosa sangre.
Y el rey franco, poniendo la mano sobre el ensangrentado pecho de Vifredo el Velloso, marcó a lo largo del escudo de oro cuatro barras de sangre. (261-265)

De este modo, se obtiene la independencia no ya solo evitando una sublevación contra el rey, ni tan siquiera con el permiso del soberano, sino por orden de este último, que obliga al leal Vifredo a aceptar una autonomía que por su propio pie jamás habría admitido. El respeto a la figura regia es lo que, paradójicamente, facilita que el condado quede fuera de los dominios de Carlos el Calvo; es ahí cuando, además, tiene lugar lo que, como vimos, para Anderson es imprescindible en la narrativa nacionalista: la conexión con el presente. La bandera que entonces —y ahora— tenía Cataluña queda explicada de esa manera; las cuatro barras rojas son las líneas trazadas por Vifredo en el escudo de su padre con su sangre, y que el propio monarca le concede como estandarte del nuevo territorio independiente.

Por tanto, y a pesar de las connotaciones que en otro contexto tendría tratar un tema como el abordado en *Las cuatro barras de sangre*, la realidad es que la novela, teniendo en cuenta su autor, tiene un trasfondo por completo monárquico y españolista, que tan solo valora la independencia catalana como metonimia y alegoría de la sublevación acontecida en 1808. Sin embargo, no podemos pasar por alto la interpretación que los posibles lectores posteriores podrían extraer de que un andaluz como Fernández y González hable tan claramente en favor de la escisión de ese territorio.

Si el novelista más famoso de España se pronunciaba en favor del catalanismo, quienes profesasen esa ideología no solo no sentirían oposición por parte de la nación en la que estaban integrados, sino más bien una aprobación debida a la actitud acrítica que se desprende de esta novela con respecto a los nacionalismos. Sin absoluto pretenderlo, Fernández y González estaba sembrando las semillas de una radicalización que tendría lugar en años posteriores, y que se sigue extendiendo aún hasta nuestros días. Recordemos que tan solo ocho años después de la publicación de esta novela aparecería la



obra literaria más famosa sobre la leyenda de Vifredo: el poema “Les barres de sang”, de Jacinto Verdaguer.

Bibliografía

- ANDERSON, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Traducción de Eduardo L. Suárez. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- ANDREU MIRALLES, Xavier (2016). *El descubrimiento de España: mito romántico e identidad nacional*. Barcelona: Taurus.
- ANGUERA, Pere (2001). “Entre dues possibilitats: espanyols o catalans?”. En Joaquim Albareda (ed.), *Del patriotisme al catalanisme. Societat i política (segles XVI-XIX)*. Vic: Eumo, pp. 317-337.
- ANÓNIMO (1872). *El combate*, 21 de julio, p. 4.
- APARICI, Pilar; Gimeno, Isabel (eds.) (1996). *Literatura menor del siglo XIX. Una antología de la novela de folletín (2 vv.)*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- BALAGUER, Víctor; ALBA, Juan de (1848a). *Las cuatro barras de sangre (segunda parte de Vifredo el Velloso), drama en cuatro actos*. Barcelona: Imprenta y librería de la señora viuda e hijos de Mayol, Editores.
- BALAGUER, Víctor (1848b). *Vifredo el Velloso, drama en tres actos precedido de un prólogo*. Barcelona: Imprenta y librería de la señora viuda e hijos de Mayol, Editores.
- CANAL, Jordi (2018). *Con permiso de Kafka. El proceso independentista en Cataluña*. Barcelona: Península.
- CANTOS CASENAVE, Marieta (2018). “La buena madre, de Manuel Fernández y González. Representaciones literarias del poder femenino en tiempos convulsos”, *Crítica hispánica*, v. 40, n.º 2, pp. 31-52.
- CARO BAROJA, Julio (2004). *El mito del carácter nacional*. Madrid: Editorial Caro Raggio.
- FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, Manuel (1850). *Obispo, casado y rey. Crónicas de Aragón. Don Ramiro el Monje. Leyenda histórica*. Granada: Imprenta y librería de D. J. M. Zamora.
- FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, Manuel (1867). *La honra y el trabajo (Historia de las clases trabajadoras)*. Barcelona: Víctor Pérez, Editor.
- FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, Manuel (1872). *Las cuatro barras de sangre. Crónica catalana*. Madrid: Urbano Manini.
- FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, Manuel (1875). *Cid Rodrigo de Vivar (El Cid Campeador) (2 vv.)*. Madrid: Urbano Manini.
- FERRERAS, Juan Ignacio (1972). *La novela por entregas 1840-1900 (Concentración obrera y economía editorial)*. Madrid: Taurus.
- FERRERAS, Juan Ignacio (1979). *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX*. Madrid: Cátedra.
- HERNÁNDEZ GIRBAL, Florentino (1931). *Una vida pintoresca: Manuel Fernández y González. Biografía novelesca*. Madrid: Biblioteca Atlántico.
- LEERSEN, Joep (2007). “Imagology: History and method”. En Manfred Beller y Joep Leersen (eds.), *Imagology. The cultural construction and literary representation of national characters*. New York: Rodopi, pp. 17-32.



- MAALOUF, Amin [1999] (2020). *Identidades asesinas*. Traducción de Fernando Villaverde. Madrid: Alianza.
- RUBIO CREMADES, Enrique (1982). "Novela histórica y folletín", *Anales de Literatura Española*, n.º 1, pp. 269-281.
- PENAS, Ermitas (1996). "Sobre la poética de la novela histórica romántica", *Revista de literatura*, n.º 58, pp. 373-385.
- PÉREZ VEJO, Tomás (1999). *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*. Oviedo: Ediciones Nobel.
- PRÉSTAMO LANDÍN, María Teresa (2018). "El destino de los héroes: el recurso de la adivinación en dos novelas históricas de Manuel Fernández y González", *Hesperia*, v. XXI, n.º 2, pp. 51-68, en <http://revistas.webs.uvigo.es/index.php/AFH/article/view/1330> [Fecha de consulta: 2 de septiembre de 2021].

Fecha de recepción: 6 de septiembre de 2021

Fecha de aceptación: 26 de octubre de 2021